



Seix Barral

Janne Teller

Justicia





Seix Barral Biblioteca Formentor

Janne Teller

Justicia

Traducción del danés por
Rodrigo Crespo

Título original: *Er du stolt af mig, Joanna?*

© Janne Teller, 2024

© por la traducción, Rodrigo Crespo, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este libro se ha publicado con la colaboración de Danish Arts Foundation



Danish Arts
Foundation

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-322-4891-7

Depósito legal: B. 14.081-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

ORGULLOSA

¿Estás orgullosa de mí, Joanna?

II

PARÍS Y BERLÍN

Sostengo la pistola frente a mí a la altura de los hombros, con cierta torpeza, en una postura extraña, como quien fuma por primera vez. Desagradable, agradable. Y muy necesario. El metal es cálido y ligero. Tengo la sensación de que mi mano está desentrenada, pero ninguna duda de que acertaré y lo mataré: está a tan solo tres metros y medio de mí. Es grande y corpulento, sudoroso, con pantalones oscuros, corbata gris, camisa blanca. Chaqueta oscura. Su boca se abre.

—Escucha —me dice—. Esto no va a solucionar... —Señala la pistola con una sorprendente calma.

—¿Y qué lo solucionará?

Sé que no cree que se me vaya a ocurrir. Y solo por eso puede que lo haga.

Arena y gaviotas. Sol.

Todo igual que antes.

Una gaviota se aleja de las otras saltando, extiende las alas. Es más oscura, más pequeña que el resto.

—¿Te importa que me quite la chaqueta?

La gaviota se eleva, con dudas, como probando el viento, la fuerza de las alas.

Asiento y sonrío. Por qué no, hace calor.

Un calor insoportable.

Vuela, pequeña gaviota, vuela.

Uno no debe enamorarse nunca de una mujer por sus palabras.

Yo lo sabía bien, desde luego.

Sin embargo, cuando eres un hombre que está en una cena, diciendo exactamente lo adecuado a la gente precisa, aunque tu deseo sea desprenderse del traje y convertirte en... eso, ¿convertirte en qué? Y resulta que las palabras de esta mujer pueden revelártelo. ¿Qué haces en ese caso?

Leí sus libros una y otra vez.

Todos se desarrollan en el mismo pueblecito estadounidense, probablemente un lugar en Carolina del Sur o Virginia, a juzgar por el clima y las cimas redondeadas de las cadenas montañosas. En aquel momento era lo más alejado de mi mundo. Yo era el embajador de mi altamente civilizado país europeo en la República Federal Alemana, otro país altamente civilizado. Aburrido. Me aburría. Era mi tercer destino como embajador y se consideraba un puesto de prestigio: la canciller Merkel había convertido a Alemania

en el motor de Europa y mi país quería formar parte. Me eligieron para lograr que así fuese. Iba a París con toda la frecuencia que podía, y allí fue donde me topé con ella por primera vez. En todas las cubiertas ponía L. Yo la llamaba señorita L.

No es que formara montones exactamente.

Aquel día las mesas de W. H. Smith estaban llenas de otros títulos que no me interesaban, así que me adentré en la tienda, que el sábado por la tarde estaba repleta de gente. Tenía que apretarme contra las estanterías e ir de acá para allá entre otros clientes errantes. A medio camino, más o menos, una joven se dio de bruces conmigo. La cabeza vuelta hacia el otro lado, pero al menos se disculpó mientras recogía los libros que había perdido. Era muy guapa, pero había algo en su torpeza que la hacía poco atractiva. Intenté llamarla, pero no corrí tras ella para decirle que había dejado en el suelo uno de los libros, y en su lugar me agaché y lo recogí.

El hombre sin hija, era su título.

Lo que llamó mi atención fue la sencillez de la cubierta: gris, las letras en un gris más oscuro. Y su nombre. Desde luego que entonces no sabía que lo era, solo una L. Ni siquiera un punto.

No lo leí al instante. Había llevado conmigo una gran cantidad de documentos que tenía que revisar, además de un libro sobre la República de

Weimar. Llevaba destinado en Berlín menos de doce meses y había muchas cosas que todavía tenía que aprender. Había comprado también un grueso volumen sobre los Habsburgo. Es mi punto débil, la historia; pero es posible mejorar. Recorrí paseando la rue de Rivoli con los libros bajo el brazo, pasé con lentitud ante las espléndidas y doradas fachadas sin contemplar realmente nada, las conocía demasiado bien como para tener esa necesidad, disfrutaba sin más al sentir la cercanía de los numerosos y bellos objetos expuestos tras los escaparates que se sucedían sin fin.

Poco antes de llegar a la puerta del Louvre, en una pausa momentánea en el tráfico, crucé la calle, torcí hacia los soportales e inconscientemente gocé otra vez del contenido suspiro de mis tacones sobre el viejo granito, como si el tiempo transformase los ecos, los atenuase, los hiciese quizá menos huecos. Luego giré a la derecha, subí los peldaños de dos en dos, casi brincando, y la puerta se abrió.

El Café Marly no es el mejor escondite.

En realidad, es bastante común acabar ahí, pero eso no quita para que, de vez en cuando, disfrute en él de mi café de la mañana. Ya era primera hora de la tarde; no había podido salir de Berlín el viernes, como tenía previsto, y no llegué a París hasta el sábado a mediodía.

A las cinco de la tarde, el café está atestado y es más complicado fundirse con los sofás antiguos y

admirar tranquilamente los frescos del techo. Los camareros andan más apresurados y demuestran, si cabe, más soberbia de la habitual ante la mayor parte de su clientela: los turistas. Hay una cosa que me gusta de los franceses, no hacen reverencias para complacer a los no iniciados. Me había dado una ducha rápida en el hotel y me había cambiado el traje de oficina por un atuendo menos formal, perfecto de pies a cabeza, sin duda; incluso sabía que el ligero perfume a roble húmedo, que era mi favorito desde hacía unos años, era totalmente adecuado. Saqué el *Le Monde* de la cartera y me sumergí en el periódico, consciente de que, incluso si ninguno de los camareros que me conocían trabajaba esa tarde, recibiría un servicio exquisito. Aprendí el francés años atrás en la *Ecole-de-Bilangue*.

Había acabado ya el café y el oscuro pastelito de chocolate con un perfecto equilibrio entre lo amargo y lo dulce e iba a dejar el periódico para sacar una pila de documentos cuando la sobrecubierta gris volvió a captar mi atención y mi mano se decidió a aferrar el libro.

La cubierta tenía un tacto rugoso, pero no rugoso y elegante, como podría esperarse, tampoco feo o barato, sino más bien sencillo. El color gris de fondo era luminoso, pero no dejaba de ser un gris muy normal y las letras estaban colocadas de forma armoniosa, pero en modo alguno artística. La tipografía y el color gris se repetían en la tela con la que estaba encuadernado. Había algo en su

sencillez que me fascinaba. Me refiero a que tiene que haber algún tipo especial de arrogancia o de ingenuidad para elegir un gris tan anodino al que apagarán todos esos lomos rojos, amarillos y dorados de las estanterías, como si justamente esa novela tuviese más que contarme, y, por lo tanto, no necesitara llamar la atención.

No debía recoger a Christine hasta las nueve, así que pedí otro café y comencé a leer.

Cuando la nieve cae en la cordillera Azul, el silencio te atrapa.

Dejé el libro.

Hace tiempo estuve recorriendo la cordillera Azul con mi mujer, Ursula. La nevada era densa. Silencio. El silencio era denso. Podríamos habernos detenido en alguno de los múltiples *bed-and-breakfast* locales. Pero no lo hicimos. Al final nos quedamos atascados y tuvimos que esperar veinte minutos antes de que pasara un automóvil y otras dos horas a que un camión nos sacase. Paramos en el motel más cercano y nos vimos obligados a permanecer allí tres días, al cabo de los cuales el tiempo mejoró de repente y pudimos continuar nuestro viaje. Nuestro matrimonio no mejoró nunca, pero no fue por la nieve. Ni por el motel. Es una de esas cosas que sucedieron allí en vez de en otro lugar.

Leí unas páginas más, luego un capítulo y por fin el libro entero. Una cuarta parte antes de regresar a mi hotel; me senté en la *chaise longue* tapizada de terciopelo de mi habitación y seguí leyendo. Me sentía extrañamente intranquilo y de buen humor al mismo tiempo, no sabía por qué. No tenía mucha historia, era francamente sencilla, sobre un matrimonio anciano de una ciudad pequeña que se echan en cara mutuamente una vida de reproches. Se ha contado ya muchas veces, pero en cierto modo los protagonistas eran distintos, la perspectiva, o quizá el modo en el que se contaba. Estaba tan inmerso en la lectura que se me pasó el tiempo y apenas pude ir al baño y cambiarme de ropa antes de salir y subirme a un taxi.

Su hija había muerto.

Las tardes en París son tan hermosas que siempre me pregunto cómo puedo vivir en otra parte. Centelleantes, auténticas y azules.

Llego tarde, pero Christine no lo menciona; tan solo se muestra un poco más reservada que de costumbre. Me gusta que no me recrimine nada, pero hoy me molesta por alguna razón. Vamos, échame en cara que me haya retrasado y acabemos de una vez, me apetece decirle. No lo hago.

—Venga, vamos a Laurent —le propongo.

A mí me parece feo. Tiene la nariz muy grande y la boca demasiado ancha. Los labios rojos, nunca confíes en un hombre de labios rojos, Joanna. No deberías haberlo hecho, debería habértelo dicho. El pelo rojizo, ondulado, demasiado largo para sus años. Un alemán que parece polaco. Lo peor de lo peor, ¿no te parece? ¡Escucha! El hombre de lengua funambulista, tu padre con las palabras exactas, la corrección nunca traicionada, ¿qué ha sido de él?

Escucho las olas, las veo romper contra la orilla, el agua blanca que en silencio baña la arena amarilla, oigo las piedrecillas que rascan unas contra otras antes de que el agua vuelva a devorarse a sí misma. Una y otra vez. Una estrella de mar varada se enrosca y se despliega al ritmo regular de los movimientos del agua. La veo enroscarse, desplegarse. Veo las gaviotas, las oigo, las alas agitándose, los picos chillando. Veo a lo lejos los petroleros, los veleros más cerca de la costa, la chiquilla que camina por lo alto de un muro con los brazos extendidos como alas, como una gaviota. Batir de alas.

Vuela, Joanna, vuela.

A Christine le gusta Laurent.

Reconozco que a mí también. A pesar de toda su pompa exagerada y de sus altivos camareros y clientes, allí te sientes especial. ¿O es justamente su pompa exagerada y su estirada altivez lo que te hace sentir especial? La comida no está a la altura

de las sensaciones y los precios desorbitados, pero, con franqueza, ¿en qué restaurante de moda lo está? Además, gano lo suficiente para poder disfrutar de todo ese tinglado sin tener que pensar en ello. Sin embargo, esta noche hay algo que me irrita de ese opulento escenario. El servicio lento, cuidadosamente coreografiado, que se desarrolla según una jerarquía clara (la matrícula del cuerpo diplomático nos asegura la cúspide), las explicaciones farragosas sobre la algo menos farragosa comida y, sobre todo, Christine.

Christine es perfecta.

Christine tiene una pálida piel de aceituna, el cabello muy suave y rubio, es alta, delgada, elegante y, ante todo, discreta. La discreción es una parte de su elegancia. Como si el sonido no tuviera nada que ver con el cuerpo que se desliza por el salón y se sienta en una silla, o con la mano que con parsimonia lleva hasta su boca el tenedor y los pequeños bocados de comida cuidadosamente escogida. Digo pequeños y no mínimos porque también en esto Christine es perfecta: come de verdad.

Las voces elevadas de una pareja de americanos llegan desde una de las mesas del rincón. No es que discutan. Tan solo hablan como suelen hacerlo. Christine siente vergüenza. Se estremece, casi imperceptiblemente, y sus hombros estrechos se juntan un poco más cada vez que le llega el fragmento especialmente potente de una frase.

Nunca se le ocurriría hablar de ello. Y es, otra vez, algo que en condiciones normales me admiraría; pero hoy me irrita su estremecimiento silencioso, como si su elegancia me estuviera exigiendo algo que no sé cómo voy a poder satisfacer. Bueno, no es totalmente cierto, pues no en vano, durante mi infancia, pasé siete de mis años formativos en esta ciudad, en la que mi padre ocupaba un alto cargo en una multinacional. Las escuelas de París son duras y exigentes, pero las enseñanzas son impagables. Aprendí a hechizar a cualquier mujer en cualquier situación.

Normalmente, llegados a ese punto ya le habría pedido al camarero que llevase a la mesa de los americanos una botella de algún tinto exquisito y caro con un amable ruego: ¿Podrían, tal vez, bajar un poco la voz en consideración a mi acompañante, *una cantante de ópera que acaba de someterse a una operación de oído, demasiado sensible, estoy seguro de que lo entenderán...*?

Pero hoy no lo hago y, en su lugar, pido para nosotros otra botella de un exquisito y caro tinto y me pregunto si en algún momento Christine se vendrá abajo.

Tiene treinta y ocho.

—Algún día me gustaría volver a la cordillera Azul —digo sin la menor idea de si realmente pienso lo que estoy diciendo.

Se lo digo a la pareja americana con la que nos tropezamos en la entrada del restaurante. Christine se escabulle a los aseos y yo espero a que me traigan los abrigos del guardarropa. La pareja americana ríe. El hombre es alto y corpulento, la mujer un tanto sobremaquillada y sus risas desenfundadas, tajantemente antifrancesas. Incluso los suelos de mármol parecen devolver de mala gana el eco de sus tacones, como si los incomodase la torpeza de esos pies extranjeros. Pero en su franqueza hay algo atractivo que me obliga a preguntarles de dónde son.

Y fue en ese momento cuando pronuncié mi frase sobre la cordillera Azul.

—Manassas —dice la mujer y, como respondiendo a mi elevación de cejas, añade—: Justo al sur de Washington, D. C., pero vivimos en Lexington la mayor parte de la semana.

El hombre me da su tarjeta de visita cuando oye que estoy destinado en Berlín. Es profesor de Ciencias Políticas, especializado en las relaciones europeas y estadounidenses con Oriente Medio. Yo le doy la mía.

Christine regresa y le tiende la mano a la pareja. De nuevo, me estremezco ante lo que normalmente admiraría: la imperceptible vacilación, la contracción de sus hombros y la lenta, ni amistosa ni antipática, cortesía con que extiende la mano.

Por un momento, la pistola apunta a su ojo derecho. Le tiembla el párpado contra el sol.

Me corre el sudor por la espalda y hace que me pique la piel. O tal vez sea un presentimiento.

Esa noche le hago el amor con los ojos cerrados.

Estamos en mi habitación. Christine tiene un magnífico apartamento cerca del Panteón, en el distrito V, pero siempre pasamos la noche en mi hotel. Tiene un hijo de ocho años, y aunque siempre se preocupa de que esté con su padre o sus abuelos cuando nos vamos a ver, es evidente que no tiene intención de dejar que nuestra intimidad invada la de su hogar.

Es la amante perfecta. Seguramente también la madre perfecta. Y sin duda la oncóloga perfecta. No sé mucho de su trabajo, nunca habla de él, pero la perfección con la que hace todo lo demás me indica que también desempeña su profesión de forma intachable.

Con los ojos cerrados, la imagino llorando.

El domingo por la noche vuelvo a Berlín.

Habíamos tomado el *brunch* en el hotel con toda parsimonia, habíamos visitado la exposición retrospectiva titulada «Melancolía» en el Grand Palais y disfrutado por la tarde de una comida li-

gera en Le Berkeley cuando un asunto repentino me reclama en la embajada: ya no puedo quedarme hasta el lunes por la mañana, como estaba previsto.

Conduzco a gran velocidad.

Es como si de repente necesitara alejarme para ir a otro lugar, aunque no tengo ni la menor idea de adónde. Como si quisiera escapar de mi propia piel.

Ya ocurrió una vez.

Estaba en el aeropuerto cuando bajaron el féretro del avión.

Yo llevaba un traje oscuro, habría querido vestir de otra forma, pero no sabía cómo. El ataúd era blanco. Yo lo había pedido así. A tu madre le habría gustado, pensé. No estaba en condiciones de preocuparse de eso. El féretro, tú, fue transportado sobre una estructura metálica con ruedas hasta el hangar en el que yo esperaba, junto con el conductor del coche fúnebre. Cuando se acercó a mí de aquel modo, me invadió el deseo de correr, de vomitar, de encontrarme en cualquier lugar diferente de aquel en el que estaba. Tuve ganas de arrancarme el traje, de arrancarme la piel.

—Ya no eres mi padre. Podrías haberlo sido. Podrías haber sido algo. Algo serio. Pero no eres nadie. ¡Don nadie con traje de vestir!

Diste media vuelta y te marchaste, y desde ese momento no volví a pensar en ello, solo pensé que

te había dado otra de tus rabinetas. Que se te pasaría y volverías cuando necesitases dinero.

Ahora oigo esas palabras una y otra vez. Llevaba cinco meses sin verte. Era el jefe de la Oficina de la ONU para Oriente Medio.

Las últimas palabras que me dirigiste.

Firmé los papeles de recepción del féretro de forma automática, sin pensarlo, sin leerlos. Me subí al coche fúnebre e hicimos el breve recorrido hasta el otro avión, el grande, el que nos llevaría a casa.

Me ofrecieron tres meses de permiso, un destino diferente, un psicólogo especializado en traumas. Lo rechacé. Creía en lo que hacía.

Te enterramos un lunes. Todos tus amigos estaban allí, gentes de todo el mundo. Las necrológicas ocuparon los diarios desde Egipto a Estados Unidos pasando por Europa. Ninguna te hizo justicia. Lo único que sabían era cómo habías muerto. Mi pequeña, que montaste en bici por primera vez, caíste y volviste a caer y de nuevo diste contra el duro asfalto sedoso, y ni una sola vez te quejaste. Te limpiabas la sangre de las rodillas y continuabas. Ni siquiera le hicieron justicia a tu muerte.

Te quiero, Joanna.

Tengo una foto tuya en mi escritorio.

Tu madre dijo que tenía que ir a Washington para averiguar qué te había sucedido. Insistir.

—Los americanos lo saben —dijo.

—No creo —fue mi respuesta—. Y, si es así, nunca me lo dirán.

—Tienes contactos —porfió.

Y así fue como acabamos en la cordillera Azul.

Sigo esperando que te levantes.

—Si mi muerte pudiese traerla de vuelta, yo mismo me quitaría la vida.

Está hablando. Ahora está hablando, es lo único que pienso. No lo escucho. Lo que escucho son las olas que rompen contra la tosca arena, el agua burbujeante, que hace rodar las piedras, antes de regresar, cuando está a dos pasos de mis pies. Las palabras llegan de cuando en cuando como unidades independientes. Entre las olas y algo que no estoy seguro de lo que es. ¿El chillido de las gaviotas? ¿El batir de sus alas?

Agua.

Aire.

Agua.

¡Imbécil! ¡Gilipollas! Y cosas peores que no sabía que conocía.

—Hazlo. ¡Venga, hazlo! Y acabarás en prisión, desde allí no podrás hacer nada por su memoria.

El sol está casi al nivel de mis ojos.

—Tenían que pararla.
Batir de alas.
Disparo, ¿debo disparar, Joanna?

No lloro en el vuelo que ese día nos lleva a casa. No acostumbro a llorar. Nunca lloro. Así que no sé qué debo hacer mientras, sentado en el coche, paso a demasiada velocidad por Colonia, Bielefeld, Hannover, y no puedo llegar lo suficientemente rápido a Berlín, donde me espera el trabajo. Recuerdo el dorso de tu mano, que con un movimiento displicente se secaba la humedad de las mejillas, como si caerse del castaño sobre los baldosines del patio no fuera motivo suficiente para llorar.

Eso es lo que ahora hago.
No tenías razón.

Joanna, Joanna.

La pequeña Joanna, de un metro sesenta y ocho de altura, pero pareces más alta por tu delgadez. Una muchacha flaca con cuerpo de gorrión, vaqueros desteñidos y una camiseta amarilla tan mugrienta que me habría avergonzado si no estuviera doblado y vomitando. Vomito por todo el sofá de terciopelo marrón.

La voz de tu madre que me chilla y grita cosas que no me llegan. *Imposible*. Es la palabra que recuerdo. Y la única frase que oigo.

—Mira, tu hija es imposible. Quiere que todo el mundo la vea. ¡Esa chica! Imposible...

Levanto la cabeza y me encuentro con la misma imagen: una chica menuda como un gorrión, una mujer joven, menuda como un gorrión, que camina haciendo equilibrios sobre el muro de cemento de siete metros de altura. Lleva los brazos extendidos, para que pueda leerse claramente lo que hay escrito en su camiseta, sobre el pecho:

LOS MUROS SON LA GUERRA

Se queda quieta y después, lenta y cuidadosamente, se gira sin perder el equilibrio en ningún momento, se sienta con las piernas cruzadas y dando la espalda a las cámaras y a todo un mundo de espectadores. En el reverso de la camiseta dice:

LAS PALABRAS SON LA PAZ

Esta vez, vomito sobre el parque.

La imagen de las palabras y la camiseta amarilla se desvanece y da paso al rostro con forma de corazón del locutor asiático, que continúa con otras noticias.

Todos nuestros teléfonos comienzan a sonar.
No respondo.